

CERVANTES LEYÓ AL CAPITÁN URREA, DE ÉPILA

[Rosa Navarro Durán]

No es mi propósito defender la lectura de «Épila famosa» del comienzo del *Quijote* porque lo hicieron ya, con precisión y datos que se complementan, David Mañero, en 2000 y, dos años después en estas páginas, Francisco López Serrano, escritor nacido precisamente en Épila¹. No hay duda de que Cervantes escribió «por Épila famosa», como dice la primera edición, y no «por hacerla famosa», que es lo que figura en toda impresión del *Quijote* desde la segunda (salvo en la de 1994 de Sevilla Arroyo y Rey Hazas). Voy a recordarles a los lectores el pasaje:

Pero acordándose que el valeroso Amadís no solo se había contentado con llamarse «Amadís» a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por Épila famosa, y se llamó «Amadís de Gaula», así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella (1^a, I).

Así debería editarse (y traducirse el *Quijote*) y corregir la *lectio facillior* del texto que se lee por plazas y lugares, porque «por Épila famosa» es equivalente a «patria». Y así de paso no se atribuyen falsedades al narrador de la obra maestra cervantina porque Amadís no pretendía hacer fa-

mosa a su patria añadiéndola a su nombre; él era hijo del rey de Gaula, y como se dice en el relato, después del pasaje de su reconocimiento por sus padres: «Y fue llamado Amadís, y en otras muchas partes Amadís de Gaula» (I, 10).

Una de las reglas básicas de la crítica textual es que la lección difícil es la buena, porque es inverosímil pensar que ante una palabra incomprensible el cajista de la imprenta lea un término insólito; lo lógico es que cambie unas palabras difíciles, que él no entiende, por otras fáciles. Es lo que sucedió ante la irónica alusión de Cervantes al capitán Jerónimo de Urrea, nacido en Épila, y autor de una novela pastoril inédita —y por ahora perdida—, *La famosa Épila*², inspirada en la *Arcadia* de Sannazaro, que él había traducido.

Es bien sabido que a Cervantes no le gustó la traducción que Jiménez de Urrea hizo del *Orlando furioso* de Ariosto (1549), porque en el escrutinio de los libros de don Quijote, el cura dice que el «señor capitán» «le quitó mucho de su natural valor» (1^a, VI); aunque también lo es que el genial escritor la manejó lo suficiente para tomar de ella palabras e incluirlas en sus obras literarias; si un socarrón mozo llama «señor Redoma» al licenciado Vidriera es gracias a que Urrea tradujo con tal palabra la italiana «ampolle» en el pasaje del canto XXXIV del *Orlando fu-*

¹ D. Mañero, «Por Hépila famosa»: posible alusión a Jerónimo de Urrea en el *Quijote* de 1605», *RFE*, LXXX (2000), pp. 215-221. F. López Serrano, «El enigma de «Hépila famosa» o las travesuras intertextuales de Cervantes», *Clarín*, n.º 39 (2002), pp. 3-8.

² En Épila tuvo lugar una decisiva batalla (1348) entre la Unión aragonesa y el rey Pedro IV de Aragón; en ambos ejércitos combatieron los Jiménez de Urrea; el señor de Biota, Juan Jiménez de Urrea y su hijo, en el de la Unión, que fue vencido; en el del Rey, los hermanos Blasco de Alagón y Juan Jiménez de Urrea.

rioso, cuando, en el reino de la luna, san Juan Evangelista le enseña a Astolfo el seso de la gente, que es «como un licor sutil y blando / apto a exhalar, si no está bien cerrado; / recogido en redomas».

Pero no solo leyó Cervantes a Urrea como traductor del *Orlando*, sino que lo hizo como autor del «precioso» —adjetivo que le aplica Menéndez Pelayo— *Diálogo de la verdadera honra militar* o «reprobación del duelo», como dirá su sobrino Martín de Bolea y Castro; y así lo señala desde el comienzo Franco, la voz del escritor en el *Diálogo*: «Como sabios y católicos, ahora quiero os dar a entender qué es este duelo, que [a] tanta gente da perpetuo duelo; por ventura os desengañaréis del mayor engaño, del más nefando abuso, y de la mayor inhumanidad que entre los hombres hoy se halla», fol. 4 vto. La obra se la dedicó Urrea «A la infantería española», de tal forma que no es raro que un soldado como Cervantes la leyera; y lo comprobamos al ver que Don Quijote menciona varias veces «las leyes del duelo» (y en una habla del «maldito duelo»); y su fiel escudero Sancho, al subrayar su autoridad para dirimir el grave asunto del rebuzno, dice de él:

Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó «el Caballero de la Triste Figura» y ahora se llama «el Caballero de los Leones», es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y, así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren (2ª, XXVII).

En vez de remitirme a lo que dicen los dos personajes sobre ese conocimiento, voy a aportar pruebas —que son las que convencen— para mostrar la lectura del *Diálogo de la verdadera honra militar* por don Quijote (aunque se silencie que figuraba en su biblioteca).

Acudo primero al relato de una anécdota, muy popular, la que da la etimología a Machuca. Don Quijote está sin lanza por habérsela hecho pedazos el aspa del molino, y a este propósito le cuenta a Sancho:

Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros que le quedó por sobrenombre «Machuca», y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imaginó... (I, VIII).

A pesar de que, como han visto los estudiosos, la anécdota está narrada en la *Primera Crónica General*, en el *Valerio de las historias escolásticas y de España* de Diego Rodríguez de Almela y en el *Romancero* de Lorenzo Sepúlveda, Cervantes la toma del *Diálogo de la verdadera honra militar* de Jerónimo de Urrea, y no hay más que leerla en él, junto al pasaje citado, para comprobarlo. Se la cuenta Altamirano a su interlocutor Franco a propósito de la comparación entre la bondad de la astucia y la de la fuerza en las batallas campales, porque él defiende que «la fuerza es mejor donde ella se puede mostrar y ejercitar, como es en una batalla campal», y habla de cómo las crónicas dan fama a los caballeros antiguos «por sus grandes fuerzas»:

Celebran mucho un Vargas, que rompiendo en una batalla su espada, desgajó de un árbol un grueso ramo y tomándolo por la punta hizo con el troncón tales cosas que no acertó moro de lleno que pedazos no le hiciese, y porque machucaba las cabezas de los moros, le llamaron después, por más honra, Machuca, y así se llaman hoy los suyos, fol. 32 vto.

A su vez Jerónimo de Urrea debió de leer la anécdota en el *Sermón de Aljubarrota*, de Diego Hurtado de Mendoza (ambos servían al Emperador en Italia, aunque no desde la misma posición jerárquica, ni les unían precisamente lazos de amistad). Y el mismo relato, más premioso, con más detalles, y fruto de la reflexión —o glosa— sobre lo dicho en el supuesto sermón del ficticio fraile portugués, nos permite ver la dependencia del *Quijote* del texto de Urrea:

Volviendo a lo que el padre dice que el portugués fue a la batalla con la horquilla y sin armas, por cierto el hecho es notable, y yo no he leído en historia antigua ni moderna que con palas de hornos y palos se venciesen los hombres armados; sino es de un castellano, de do viene el linaje de los Pérez de Vargas, que por sobrenombre se dijo Machuca; el cual, peleando con los moros, como se le quebrase la espada y no le quedase con qué pelear, arremetió con el caballo hacia un olivo, y de él arrancó un pimpollo, con el cual entró en la lid, y con él daba tales golpes, que de cada uno derribaba un moro, o le machucaba la cabeza o los huesos donde le daba, tanto que el capitán, tío suyo, le dijo: «¡Así, Vargas, machuca, machuca!». Y de aquí le quedó a él y a sus descendientes este renombre tan valeroso y de grande hazaña, y harto diferente de lo que los señores portugueses suelen hacer (*Sales españolas*, recogidas por A. Paz y Melia, 2ª ed., Madrid, Atlas, 1964, pp. 63-64).

Primera parte de don

despues de muchos nombres que formó, borró, y quitó, añadido, deshizo, y tornó a hazer en su memoria, é imaginación: al fin le vino a llamar Rozinante. Nombré a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo, de lo que auia sido quando fue rozin antes de lo que agora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cavallo, quiso ponerle a si mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias: y alcabo se vino a llamar don Quixote: de donde (como queda dixo) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se devia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo le auia contentado con llamarle Amadis a secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria por Hepila famosa, y se llamó Amadis Reyno y patria por Hepila famosa, y añadir al de Gaula, así quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarle don Quixote de la Mancha, con que a su parecer declaraua muy al viuo su linage y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della. Limpia pues sus armas, hecho del morrión zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender que no le faltaua otra cosa, sino buscar vna dama de quien enamorar: pero que el cauallero andante sin amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase el: Si yo por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahi con algun Gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes) y le denrribo de vn encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, finalmente le venço, y le rindo, no será bien tener a quien embiarle presentado: y que entre y se hinca de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humil-

Quixote de la Mancha.

4

humilde y ródigo: Yo señora soy el Gigante Caraculambo, señor de la Infula Malindrania, a quien vençio en singular batalla, el jamas, como se deve alabado cauallero don Quixote de la Mancha, el qual me mandó que me presentasse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgó nuestro buen cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando halló a quien dar noticia de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduuo enamorado (aunque segun se entienda, ella jamas lo supo, ni le dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenzo, y a esta le parecio ser bien darle titulo de señora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y q̄ tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer mulico, y peregrino, y significatiuo, como todos los demas que a el, y a sus cosas auia puesto.

Cap. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.



CHAS pues estas preuenciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretandole a ello la falta que el pensaua que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agravios que pensaua deshazer: tuertos que endereçar, y sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y así sin dar parte a persona alguna de su

A 4

Pero hay otro pasaje del *Quijote* que muestra la lectura cervantina del *Diálogo de la verdadera honra militar* y que no está formado con material mostrenco. Está en la *Segunda parte* y es a propósito de las palabras ofensivas que el capellán del duque le dice al caballero andante; el noble se encargará de demostrarle que no recibió agravio alguno «porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe». Y, en efecto, don Quijote asiente y amplía el argumento: «Así es —respondió don Quijote—, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar a nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos no pueden ser afrentados» (2ª, XXXII).

Altamirano dirá que «un letrado, religioso o mujer» «no pueden injuriar, luego menos podrán honrar», y Franco le replica así:

Letrados y religiosos pueden honrar porque se presume que son más virtuosos que otros, pues hacen profesión de vivir justa y santamente; mas no pueden injuriar así como no pueden ser injuriados por hallarse inhábiles para armas; la mujer, fuera de estado ilustre y real, no puede honrar ni deshorrar a nadie, solo a su marido, con amarle, servirle, respetarle y guardarle limpia la fe que le prometió; y puédelo deshorrar con hacer lo contrario, fol. 181 vto.

Pero volvamos al texto del *Quijote* porque el hidalgo manchego sigue contando:

Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado; llegan diez con mano armada, y, dándole de palos, pone mano a la espada y hace su deber, pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse; este tal queda agraviado, pero no afrentado. Y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas; llega otro y dale de palos, y, en dándoselos, huye y no espera, y el otro le sigue y no alcanza; este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dio los palos, aunque se los dio a hurtacordel, pusiera mano a su espada y se estuviera quedo, haciendo rostro a su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron a traición; afrentado, porque el que le dio sustentó lo que había hecho, sin volver las espaldas y a pie quedo. Y, así, según las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religión, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y, así, aunque naturalmente están obligados a defenderse, no lo están para ofender a nadie.

En el *Diálogo de la verdadera honra militar* al pasaje ya citado le precedía el relato de un caso concreto que cuenta Altamirano:

Los días pasados, en Mantua, saliendo de noche del palacio del duque para ir a su posada un gentil hombre suyo

llamado Juan María Gonzaga con solo un paje que llevaba un hacha con que le alumbraba, y yendo él desarmado con solo su espada en la cinta y descuidado que le pudiese suceder caso peligroso, se sintió herir en la cabeza de uno que detrás de un cantón escondido le esperaba; el cual, luego que le hirió, dio a huir con gran priesa; y aunque Juan María se hallase algo desatinado del gran golpe recibido, puso mano a su espada; mas el ofendedor, que a gran correr huía, se le desapareció sin ser conocido.

Altamirano le pregunta a Franco qué le parece que tiene que hacer, «porque muchas veces acaece ser uno ofendido sin saber quién le ofendió, y no sabe lo que en tal caso debe hacer». Y su amigo argumentará así:

Pues si andando un hombre de bien por partes públicas y honestas sin sospecha de ser ofendido por no haber dado causa a ninguno para ser injuriado, le saltea otro malamente y, sin ser visto ni sentido de aquel, ofende alevosamente su persona y con gran presteza, sin esperar respuesta, huye, ¿quién duda que tal ofendedor no sea ofendido en la honra, y el ofendido en la persona libre de cargo, infamia y vergüenza?

De tal forma que concluye sobre el caso planteado que «queda su honra tan limpia de infamia cuanto su persona injustamente ofendida y es digno de loor», fols. 179 vto.-180 vto.

Por otra parte, no sería raro que Altamirano comparase palabras con don Quijote porque al comienzo de su diálogo con Franco afirma: «A la verdad yo estudié poco porque salí más inclinado a las armas que a las letras, y así no aprendí sino romances viejos y caballerías, que cierto me levantaron el ánimo a seguir cosas heroicas», fol. 20 r. Y cuando más adelante le pregunte a su interlocutor, quién ordenó la orden de caballería, Franco le contestará: «Muchos en diversos tiempos, y lo más principal que se guarda o se debería guardar es lo que ordenaron los Nueve de la Fama», y luego hará una larga disertación sobre quiénes fueron, fols. 114 r. y vto. Este personaje es el *alter ego* del escritor, como este lo pone de manifiesto al hacer que Altamirano cuente su valerosa actuación en Dura, por la que «el Emperador os hizo capitán», y en Sandesí, donde «os derribaron del bestión donde estaba la pieza de artillería y caístes sobre las puntas de las picas de vuestros soldados y bandera de Antonio Moreno», fol. 39 vto. Y si lo recuerdo es precisamente por la mención de este capitán, también presente en la *Crónica del emperador Carlos V* de Alonso de Santa Cruz o en la de Prudencio de Sandoval. Así comprobamos cómo el amable y generoso anfitrión barcelonés de don Quijote, amigo del bandolero Roque Guinart, lleva un nombre histórico.

Cervantes pudo leer el *Diálogo de la verdadera honra militar* en su primera edición de 1566 impresa en Venecia (y traducida al italiano enseguida, en 1569, por Alonso de Ulloa) o la segunda, impresa en Madrid, en casa de Francisco Sánchez, en 1575 (con licencia de octubre de 1574), por su sobrino don Martín Bolea y Castro, que es de donde proceden mis citas. Comienza él la dedicatoria del libro al rey Felipe II diciendo: «Antes que don Jerónimo de Urrea (que esté en el cielo) muriese, entendí de él la intención que tenía de imprimir en España el libro que compuso de la reprobación del duelo, que ya en Venecia había sacado a luz, y atajándole la muerte, quedó su designo sin efecto».

El último dato que Pierre Geneste aporta a la biografía del capitán Urrea (*Essai sur la vie et l'oeuvre de Jerónimo de Urrea*) es un documento del archivo de las Órdenes Militares de junio de 1560 en donde, desde Madrid, se solicita a dos caballeros que hagan con suma discreción una información sobre la verdad de las noticias que tienen «que don Jerónimo de Urrea, caballero de la dicha orden, está infamado de que ha cometido el pecado nefando». Desaparece luego todo rastro sobre la verdad o falsedad de esa acusación y sobre la vida del capitán; pero, como deduce Geneste, a mitad de 1569 está todavía en Italia, en Nápoles. Si acudimos a los datos que tenemos sobre Cervantes, vemos que el 22 de diciembre de ese año, de 1569, se fecha la información de la limpieza de sangre e hidalguía a favor de Miguel de Cervantes, «estante en Roma», y a partir de entonces empieza su etapa italiana.

En Italia, el final de la vida del capitán, y virrey de Apulia, Jerónimo Jiménez de Urrea, de Épila, se sume en la bruma justo cuando la de Miguel de Cervantes empieza a nacer a la vida militar. El gran escritor de Alcalá leyó no solo su traducción del *Orlando furioso*, sino también el *Diálogo de la verdadera honra militar*, y algunas de sus palabras acabaron en boca de su genial personaje, don Quijote. La mención, con sorna, de esa Épila «famosa» anunciaba la presencia, con mucha más, de ese «de la Mancha», con que se la ponía en su nombre el sin par caballero andante: es la geografía patria la que va a sustituir a la lejana o exótica de los libros de caballerías. Si además el escritor se sonríe al hacerlo, el lector goza mucho más al percibirlo.

Aunque no se logre nunca restaurar ese pasaje del texto cervantino, confío en la memoria de los curiosos lectores para que perdure en el *Quijote* la presencia de la patria del capitán Urrea con ese subrayado que él le puso de «famosa»; y con ella esa sonrisa irónica cervantina, que es lo último que debería quedar, «flotando en el aire un rato», tras la lectura, al modo de la del Gato de *Alicia en el país de las maravillas*. ■ ■